

THE KABAN PROJECT

Graham McNeill

A HORUS HERESY SHORT STORY



LA HEREJÍA DE HORUS

PROYECTO KABAN

GRAHAM MCNEILL



Kevinray



Y



DRAMATIS PERSONAE

El Mechanicum de Marte

PALLAS RAVACHOL	Adepto de 3ª clase del Mechanicum de Marte
URTZI MALEVOLUS	Gran Magos de Mondus Gamma
SACERDOTE	Sacerdote del Bendito Algoritmo

El Mechanicum Obscurus de Marte

LUKAS CHROM	Gran Magos de Mondus Occulum
REMIARE	Asesina tecnosacerdotisa de Marte

Producto del Mechanicum Obscurus de Marte

KABAN	Proyecto de Lukas Chrom

—Dos micrones a la izquierda. Ahora, cuatro hacia abajo… —El adepto de tercera clase Pallas Ravachol ajustó los delgados calibradores que surgían de la yema de sus dedos y observó con gran satisfacción como el cableado módulo de doctrina se deslizaba con suavidad por el córtex del cerebro del servidor (al menos por la parte que el proceso de lobotomización no había destruido) y penetraba en la médula oblongata—. Nadie conoce a los servidores como yo —dijo mientras los tentáculos fibrosos se abrían paso desde el módulo y penetraban en la materia gris del cerebro.

Puesto que el nuevo módulo de doctrina estaba ajustándose satisfactoriamente, giró la resplandeciente cubierta craneal para devolverla a su posición y levantó un pequeño cortador para colocar los pernos en su lugar, protegiendo así el cerebro del servidor de cualquier daño. Guardó el módulo dañado en una bolsa que colgaba de su cinturón de herramientas, asegurándose de que no se mezclara con los que funcionaban bien. Se estremeció al pensar en las consecuencias de colocar un módulo dañado en el cerebro de un robot de combate o de implantar una rutina de combate en la mente de un servidor de carga.

—Ya está —dijo mientras colocaba el último perno en su lugar. El servidor se levantó del reclinador quirúrgico. Su rostro tenía un color grisáceo pálido y poco saludable. Medio humano, medio máquina, los brazos del servidor habían sido reemplazados por unas horquillas hidráulicas, y lo que le quedaba de cabeza había sido potenciado mediante la adición de lectores visuales de masa—. Ahora sal de aquí. Regresa con las dotaciones de carga del adepto Zeth. Si el señor de la guerra ha de pacificar Isstvan, la 63.º Expedición necesitará sus armas y municiones.

Evidentemente, el servidor no respondió: giró sobre su posición y salió de la sala, donde otra media docena de servidores dañados esperaban la revisión de Ravachol o la retirada de cualquier elemento mecánico que valiera la pena aprovechar.

Aquellos trabajos estaban muy por debajo de las habilidades de un adepto como Ravachol, pero él sabía que únicamente podía culparse a sí mismo de hallarse en su actual situación. En cualquier caso, ese trabajo era el que había llamado la atención de su nuevo señor, el adepto supremo Lukas Chrom, de las forjas marcianas.

Al darse cuenta de que los servidores procedentes del taller de Ravachol trabajaban más rápido, más eficientemente y con mayor precisión, Chrom había preguntado por él. En menos de una semana tuvo que empaquetar sus escasas pertenencias y

abandonar a su antiguo señor, el adepto Urtzi Malevolus, para dirigirse hacia las instalaciones de Mondus Gamma, en Marte, para su inmediata reasignación.

La mayor parte de los adeptos marcianos se preocupaban muy poco por la ingeniería craneal implicada en los casos de los servidores, pero a Ravachol le gustaba ese trabajo. Después de todo, el ser humano sólo podía esperar entender la mecánica del cerebro robótico a partir del conocimiento de los mecanismos del interior del cerebro humano.

Este tipo de ideas lo condujeron inevitablemente a sus pecaminosos pensamientos sobre el Proyecto Kaban…

Apartó aquellos pensamientos de su mente y trató de concentrarse en el trabajo que tenía ante él: un servidor pretoriano de combate cuya arma se encasquilló y explotó en el campo de pruebas. Aunque su arma era irreparable, las mejoras adosadas a su pecho y los mecanismos de puntería que ocupaban la mayor parte de su cerebro no estaban perdidos, ni mucho menos.

Mientras miraba el metal chamuscado del cerebro del servidor, se rascó distraídamente su propia piel con un suave movimiento de su mano mecadendrítica. Ravachol conservaba una gran cantidad de carne y sangre, algo muy raro entre los adeptos de Marte. Únicamente su mano izquierda había sido reemplazada por otra biónica, en su decimosexto año de vida.

Sus pensamientos seguían derivando hacia la máquina Kaban, y se dio la vuelta con expresión culpable para dirigirse desde su laboratorio hacia los corredores de acero del templo de la forja. Sabía que tendría que realizar otro turno doble para volver a poner en servicio a los servidores, pero decidió que valía la pena pasar más tiempo en presencia de la máquina Kaban.

Ravachol sabía que tenía una afinidad natural con los robots y su programación, pero quien fuera que había creado el código del módulo de doctrina de los sistemas de la máquina Kaban estaba en un nivel de conocimientos superior al suyo. Dudaba que fuera el adepto Chrom, quien, por brillante que fuera en otros aspectos, parecía tener poco o ningún interés en el campo de los sistemas integrados de combate.

Los corredores del templo de la forja estaban muy poco iluminados. Los globos lumínicos que flotaban por encima de su cabeza se mantenían a una intensidad que difuminaba el paso del tiempo, de forma que, sin importar quien fueras o el

momento del día que tu cuerpo te indicara, no podía encontrarse referencia externa alguna. Pero como adepto que había crecido entre las filas de los Mechanicus, consideraba totalmente irrelevante la cuestión de si era de día o de noche.

Unas silbantes espitas y unos gruesos haces de tuberías y cables recorrían los corredores, abarrotados de servidores y robots mensajeros que se movían de un lado a otro sobre ruedas, orugas o piernas larguiruchas. Saludó con la cabeza a unos adeptos encapuchados que pasaron junto a él, sin hacer caso de sus miradas de piedad y repulsión ante la piel de su cara y su mano. Algunos de estos adeptos tenían varios siglos de edad, y habían alargado su vida gracias a los implantes cibernéticos que sustituían la mayor parte de sus cuerpos para servir mejor al Bendito Omnissiah, el Dios-Máquina del sacerdocio de Marte. Al pasar junto a cada adepto se dio cuenta de que éstos habían sido bendecidos, y se juró que algún día él también se vería así de favorecido por el Dios-Máquina, pese al acérrimo disgusto que el Emperador sentía hacia esa clase de dispositivos.

Pasó junto al templo de los pistones sin rozamiento, donde el adepto Herysto desarrollaba tecnologías saqueadas del bloque yndonésico cien años atrás, cuando Marte aún estaba en guerra con Terra.

Unas monótonas oraciones mecánicas surgían del templo de Velrersk, donde una fila tras otra de adeptos con túnicas rojas se arrodillaba e inclinaba en perfecta sincronía ante la estatua de cromo bruñido del descubridor de la prensa de ceramita.

Ravachol inclinó la cabeza respetuosamente en dirección al templo antes de seguir adentrándose en una zona mucho más segura del templo forja. Varios skitarii de piel argéntea y capas rojas vigilaban aquellos templos en los que se desarrollaban los trabajos más secretos. Sus brillantes armaduras estaban conectadas a su carne mediante implantes biónicos que potenciaban su fuerza y resistencia.

—Voy a trabajar un poco en la máquina Kaban —dijo al detenerse ante la monstruosa puerta de acero vigilada por una docena de skitarii y un par de emplazamientos de armas pesadas. Al principio, Ravachol se había sorprendido por el número de soldados que protegían esa zona del templo, pero ahora que sabía lo que se hallaba en su interior, comprendía la razón de tanta vigilancia.

—Clave genoménica —dijo el soldado, levantando su mano izquierda.

—Sí, sí —respondió Ravachol, tomando la mano del soldado—. Como si no me hubierais visto por aquí cada día durante los últimos seis meses.

El skitarii no dijo nada, pero casi nunca lo hacía, y Ravachol se preguntaba si al hombre le habían arrancado el sentido del humor junto con el miedo. Notó un ligero escozor cuando las mecadendritas de la mano del soldado penetraron en las suyas hasta llegarle a la médula del brazo. Una luz ámbar se iluminó tras los ojos del skitarii mientas los filamentos leían los códigos máquina del brazo de Ravachol y analizaban su material genético.

—Identidad confirmada —dijo el soldado, e hizo una señal al compañero que había detrás de él.

Una luz roja centelleó sobre la puerta, lo que Ravachol consideraba demasiado teatral; se apartó mientras las pesadas puertas se deslizaban lentamente sobre unos gigantescos raíles de acero engrasado. La puerta tenía tres metros de grosor y podía resistir cualquier ataque de potencia inferior a un bombardeo orbital, aunque Ravachol sólo estaba empezando a entender por qué la máquina Kaban merecía tantas precauciones.

Entró en el templo y se encontró en un amplio corredor con paredes curvas que lo condujeron a una sala abovedada con una serie de pasajes circulares radiando desde ella, todos brillantemente iluminados y esterilizados. Una hueste de tecnoautómatas, calculadores lógicos y adeptos llenaba la sala. Cada uno de ellos trabajaba, sobre una mesa plateada, en alguno de los aspectos de la máquina Kaban.

Ravachol sonrió mientras atravesaba la cámara y elegía el corredor situado justo frente a él, y pasó, una vez más, a través de una serie de puertas con cerrojos genéticos antes de llegar, finalmente, al templo de la máquina.

Al contrario que en la cámara del vestíbulo, en este templo no había técnicos, pues sólo una selecta minoría tenía acceso a esta parte de las instalaciones. Un cuarteto de servidores de batalla se volvió hacia él mientras sus terribles armas de destrucción gemían al tomarlo como blanco. Cañones rotatorios de cuatro salidas, rayos de partículas y garras de energía se cargaron con letal velocidad.

—¡Identifíquese! —le exigió el servidor más próximo. Su voz era humana, pero desprovista de toda emoción o vida.

—Adepto de tercera clase Pallas Ravachol —dijo. Mientras, los protocolos de identificación visual y aural escanearon su voz, masa, rasgos y lecturas biométricas antes de decidir que su presencia estaba autorizada. Por fin, las armas regresaron a su posición de reposo.

Sabía que no tenía que temer a esos servidores de combate, pues él mismo había diseñado las rutinas de defensa automática, pero no pudo evitar sentir un escalofrío al mirar los cañones de sus armas.

Si uno solo de los protocolos fallaba, rápidamente se convertiría en un montón de carne, huesos y sangre esparcidos por la sala.

Ravachol pasó junto a los servidores de combate, dio unas palmaditas al cañón rotatorio mientras se dirigía hacia la máquina Kaban y notó, al acercarse, la familiar mezcla de ilícita emoción y anticipación.

Se encontraba sentado en el extremo más alejado de la cámara, con sus sistemas de propulsión no totalmente integrados en su blindado cuerpo esférico. La máquina tenía seis metros de ancho y diez de alto, aunque los elevados espolones que protegían las vulnerables articulaciones de los brazos le añadían un metro más. Sus brazos estaban en reposo, uno acabado en una plétora de armas de proyectiles y el otro con una temible garra de combate combinada con una sierra capaz de atravesar la compuerta blindada de una astronave.

Una red de andamios lo rodeaba, y vio que los equipos de armamento del adepto Laanu habían estado ocupados, los últimos días, en la instalación de una miríada de armas de plasma y láser de aspecto letal en sendos tentáculos mecánicos flexibles. Los sistemas sensoriales de la máquina se encontraban en un trío de contenedores convexos situados en la parte frontal. Un débil brillo naranja indicaba que la máquina se encontraba en estado durmiente.

«Está durmiendo», pensó Ravachol, no muy seguro de si estaba decepcionado o contento por ello.

Mientras apartaba de su mente aquellos pensamientos con un sentimiento de culpabilidad, el débil brillo de los compartimentos sensoriales se intensificó y la máquina le habló.

—Hola, Pallas. Es un placer volverte a ver.

—¿Cómo te encuentras?

Hacía menos de un mes se habría sentido avergonzado de hacer una pregunta como ésa. Esa cosa era tan alienígena en Marte como, en fin, los propios alienígenas, pero su relación con la máquina Kaban durante las últimas cuatro semanas había sido, como poco, inusual, y había cambiado su noción de lo que pensaba que sabía acerca de la naturaleza de las máquinas.

Había sido un turno normal de día, y había estado actualizando las rutinas doctrinales de los servidores de batalla que vigilaban la máquina Kaban cuando ésta habló por primera vez.

Al principio se sintió divertido por la locución, admirando la clarividencia del adepto que había configurado sus mecanismos de respuesta. Pero con el paso del tiempo, Ravachol empezó a darse cuenta que la máquina Kaban no estaba simplemente eligiendo sus palabras de entre una lista de respuestas programadas, sino que estaba respondiendo a sus preguntas específicas. Había elaborado preguntas y tópicos de conversación aún más complejos para asegurarse de que no estaba simplemente repitiendo frases o respuestas pregrabadas, pero, a medida que los días se convertían en semanas, se hizo evidente para Ravachol que estaba realmente conversando con una máquina pensante…, con una inteligencia artificial.

La idea de un objeto artificial inteligente era fascinante y, a la vez, terrorífico, pues parte del pacto sellado entre el Mechanicus de Marte y el Emperador era que ese tipo de investigaciones estaban prohibidas.

Cuanto más conversaba con la máquina, más convencido se sentía de que estaba viendo algo único en la historia del Mechanicus, pero no tenía claro si era algo que había llegado a producirse con la mediación humana o por algún tipo de interacción desconocida entre los circuitos electrónicos del cerebro artificial de la máquina.

Por mucho que hubiera disfrutado de sus conversaciones, no era tan iluso como para pensar que podía ocultar un descubrimiento tan importante, y había decidido revelar sus descubrimientos a su superior, el adepto Lukas Chrom.

Ravachol había enviado su petición de audiencia y regresado a su rutina habitual, con la esperanza de que su petición fuera procesada en pocos meses, pero quedó muy sorprendido cuando comprobó que su petición había sido aceptada al cabo de una semana.

Recordaba el sentimiento de impaciencia y miedo que había sentido al aproximarse a los templos interiores del adepto Chrom por una de las numerosas y herméticamente selladas calles que recorrían la superficie de Marte y conectaban las colosales ciudades forja.

Estas monolíticas estructuras que cubrían prácticamente toda la rojiza superficie de Marte eran torvos templos de hierro envueltos en humo y fuego, latiendo con el infatigable retumbar de la industria. El templo forja del adepto Chrom no era una excepción; sus poderosos bastiones estaban cubiertos de gruesas placas de hierro bruñido y rodeados de cientos de torres de refrigeración que vomitaban vapores tóxicos, a través de la piel de las cúpulas, hacia los sulfurosos cielos.

Un constante martilleo de máquinas resonaba en los cientos de forjas de su interior, y mientas Ravachol caminaba a lo largo del gigantesco procesional que conducía hacia la entrada, en lo alto de los Mil Escalones de la Excelencia, estatuas de acero de antiguos adeptos y sus creaciones lo miraban.

El adepto Ulterimus observaba el exterior por encima de las Montañas Huecas, y su motor desolador Sigma-Pi le devolvió la mirada desde el otro lado de la carretera de acero. Miles de peregrinos, adeptos, servidores y funcionarios recorrían la carretera para cumplir las órdenes de sus señores, y Ravachol se sintió orgulloso de formar parte de una organización tan poderosa como el Mechanicus.

Sus pies, calzados con sandalias, lo llevaron rápidamente por la carretera, donde esquivó pesados bípodes, ruidosos pretorianos y largas cisternas que transportaban proteínas artificiales para ser bombeadas en los innumerables dispensadores de nutrientes que alimentaban a la población de Marte.

Tras la extenuante subida de los Mil Escalones, había sido acompañado por un funcionario tras otro a través de docenas de puertas en un increíble entresijo de salas en las que todo tipo de extrañas y siniestras máquinas latían con vida mecánica. El interior del templo de Chrom no se parecía a nada que Ravachol hubiera visto antes; era una gran catedral dedicada a la glorificación del sagrado

Dios-Máquina, donde la luz de la ciencia y la razón iluminaban el ideal definitivo de la perfección mecánica.

Ravachol fue acompañado hasta los aposentos del Adepto Supremo, un gigantesco abanico de acero y bronce que estaba dominado por la forma belicosa de un titán de batalla Reaver que permanecía dormido en su extremo opuesto. Una vez allí, descubrió que se encontraba ante el señor marciano que controlaba su destino.

El adepto Lukas Chrom era más alto que él. El amplio armazón de sus hombros estaba cubierto por una túnica carmesí que poco hacía para ocultar las numerosas modificaciones con que había sido bendecido. Tubos y cables surgían de sus miembros y lo comunicaban, como si fueran alas, con un servogenerador siseante que tenía a la espalda. Una docena de servocráneos volaban constantemente por encima de su cabeza; de ésta, aunque estaba oculta por las sombras de su capucha, Ravachol pudo observar que estaba construida en forma de un cráneo de hierro. De sus mandíbulas surgían cables y una pulsante luz roja llenaba las cuencas de ambos ojos.

—Adepto Chrom —empezó a declamar Ravachol, sacando una placa de datos y activando el panel—, ante todo déjeme decir que es un honor…

—Habéis solicitado verme en relación al proyecto Kaban —le interrumpió el adepto, sin preámbulo alguno.

Su voz era áspera y producida artificialmente, aunque el silbido de su generador parecía que imitara una respiración fuerte y rasposa.

—Ah, sí —dijo Ravachol, momentáneamente confundido.

—Entonces hable. Tengo muchas cosas que hacer y poco tiempo para perder.

—Sí, desde luego, mi señor —asintió Ravachol, mostrando su placa de datos—. Trataré de ser breve, pero es mucho lo que quiero contarle. En realidad, es sorprendente. Sin precedentes. He de decir que llegué hasta ello por puro accidente.

—Adepto Ravachol —le espetó Chrom—. Vaya al grano antes de que lo convierta en un servidor. ¿Qué es lo que quiere contarme?

—¡Un servidor! ¡No! Quiero decir, sí, mi señor —exclamó Ravachol, volviendo a guardar las impresiones y la placa de datos en la túnica—. Bien, lo que iba… lo que iba a decirle…

El adepto Chrom se irguió hasta su máxima altura y Ravachol vio una larga espada sierra, como la utilizada por algunos de los servidores de combate más potentes, desenvainándose en la espalda de su señor.

—Si, mi señor —dijo apresuradamente—. La máquina Kaban ha adquirido inteligencia, creo.

Esperó algún tipo de respuesta, una exclamación de indignación, sorpresa, incredulidad…, cualquier cosa, pero el adepto Chrom se limitó a mirarlo fijamente con sus brillantes ojos rojos.

—¿Mi señor? —preguntó Ravachol—. ¿Me habéis escuchado?

—Lo he hecho —confirmó Chrom—. Eso ya lo sabía.

—¿Lo sabía? —dijo Ravachol, de repente desanimado al saber que su revelación no era tal revelación—. No lo entiendo.

—Ni debéis —replicó Chrom mientras la terrible espada sierra volvía a su funda—. El proyecto Kaban es el resultado del esfuerzo de muchas de las mejores mentes de Marte, que han trabajado juntas para producir una máquina pensante.

—¿Una máquina pensante? —jadeó Ravachol. Aunque se había estado comunicando con la máquina Kaban durante varias semanas, la idea de que su inteligencia había sido creada de forma deliberada le resultaba increíble.

—¿A quién más le habéis hablado de esto, adepto Ravachol?

—A nadie, mi señor —respondió éste—. Consideré más prudente buscar vuestra guía antes de seguir adelante.

—Eso es sabio —afirmó Chrom, y Ravachol se sintió henchido de orgullo—. Estos son unos tiempos inciertos y hay quien no reconoce la importancia de nuestro trabajo.

—Cierto —confirmó Ravachol—. Iba a preguntaros acerca de esto. ¿No existe una, bueno, prohibición de realizar este tipo de investigaciones? ¿No están… prohibidas? Una investigación como ésta, ¿no es ilegal?

—¿Prohibida? ¿Ilegal? —se burló Chrom—. ¿Para nosotros? ¿Qué asuntos tecnológicos nos pueden ser negados a los miembros del Mechanicus? ¿Hemos de ser gobernados por aquellos que dependen de nosotros para equipar sus flotas y proporcionarles las armas con las que realizar sus guerras?

Ravachol sintió cómo un escalofrío le recorría el espinazo ante las casi heréticas palabras de Chrom, pues había sido el propio Emperador quien había prohibido ese tipo de investigaciones.

—Estas máquinas son el siguiente paso de la evolución, adepto Ravachol —prosiguió Chrom con voz profunda y grave—. De entre todo el mundo sois vos quien debe verlo con más claridad, ¿no? Vuestro trabajo con los módulos de doctrina no tiene rival, pero, aun así, incluso vuestros robots están limitados por los parámetros que fijáis. Con máquinas capaces de pensar, entraremos en una nueva era de descubrimientos y perfección mecánica. Ya no tendremos que confiar en la fragilidad y levedad de la carne.

Ravachol se vio arrastrado por el contagioso entusiasmo de Chrom.

—Así pues, ¿el Emperador finalmente ha permitido al Mechanicus investigar este tipo de tecnología? ¡Sin duda éste es un gran día!

Los brillantes dedos metálicos de Chrom lo agarraron con fuerza por el hombro.

—No, joven adepto, nuestro permiso no procede del Emperador.

—Entonces, ¿de quién? —preguntó Ravachol, más curioso que asustado.

—Del señor de la guerra —dijo Chrom, triunfante—. Horus en persona es nuestro señor.

—¿Cómo te encuentras?

Ravachol sabía que no debería estar allí, con la máquina Kaban, pero su curiosidad no le permitía olvidar la prohibida creación y, de pie ante su terrible letalidad, sabía que había tomado la decisión adecuada de volver una vez más. No importaba que el adepto Chrom creyera que esa máquina era el siguiente paso en la robótica, Ravachol no podía compartir el ineludible hecho de que lo que se había realizado iba contra todo lo que el Mechanicus había jurado.

Iba contra el juramento realizado al Emperador…

La mera idea de ello le helaba el alma.

—Me encuentro bastante bien —dijo la máquina Kaban en respuesta a su pregunta—. Aunque detecto ritmos cardíacos acelerados, elevada presión sanguínea y grandes niveles de neurotransmisores en vuestra sangre. ¿Pasa algo malo?

Ravachol se acercó un paso más hacia la máquina Kaban.

—Sí, me temo que así es.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó la máquina.

—Eres tú —respondió Ravachol, con tristeza—. Tu propia existencia es lo que me preocupa.

—No lo entiendo —dijo la máquina—. ¿No somos amigos?

—Sí —replicó Ravachol—, claro que lo somos, pero ésa no es la cuestión. Es sólo que… bueno, que se supone que no deberías existir. El Emperador lo prohibió.

—¿El Emperador está enfadado conmigo? —preguntó la máquina.

—No, no es nada de eso —dijo Ravachol—. Es sólo que el Mechanicus tiene prohibido desarrollar inteligencia artificial, como parte de nuestra alianza con el Emperador.

—¿Por qué?

Ravachol se sentó en un taburete delante de una mesa llena de herramientas y cogió un microláser antes de responder.

—No estoy del todo seguro. Hay historias que hablan de una gran guerra, hace muchos miles de años, contra una raza de máquinas inteligentes que casi aniquiló a

la especie humana. Desde entonces, desarrollar la inteligencia artificial ha sido una de las tecnologías que se nos ha prohibido explícitamente investigar. Es una de las piedras angulares de nuestro pacto con el Emperador.

—Entonces, ¿cómo he sido creado?

—El adepto Chrom afirma que ha recibido órdenes directas del señor de la guerra Horus.

—Es la mano derecha del Emperador, ¿no? —preguntó la máquina tras una corta pausa.

—Sí, lo es —asintió Ravachol—. Dirige los ejércitos imperiales en nombre del propio Emperador, ahora que éste ha regresado a Terra.

—Entonces, ¿las órdenes del señor de la guerra no poseen la misma autoridad que el Emperador?

—No es tan sencillo —dijo Ravachol.

—¿Por qué no?

—Simplemente, no lo es —le espetó Ravachol, con la paciencia casi agotada por la infantil lógica de la máquina.

—Entonces ¿no soy una creación útil? —preguntó la máquina.

—Claro que lo eres —gritó Ravachol—. Eres la mayor y más increíble creación que el Mechanicus ha realizado jamás, pero existe la inevitable lógica de que tu existencia únicamente puede acabar en muerte.

—¿En muerte? —le preguntó la máquina—. ¿Cómo llegas a esta conclusión?

—Eres la primera máquina pensante, pero habrá otras. Has sido creado como un robot de combate, para luchar donde los humanos no pueden y para pensar por ti misma. ¿Cuánto tiempo pasará antes que decidas que no quieres seguir luchando por el Imperio del hombre? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que decidas que no quieres servir más a los humanos?

—¿Crees que no debería servir a los humanos?

—Lo que yo piense no importa —dijo Ravachol—. Lo que importa es que tú puedes decidirlo por ti mismo, y ahí radica el problema. Cuando las máquinas piensan por sí mismas, no pasa mucho tiempo antes de que se den cuenta de que son superiores a los humanos, y es un hecho inevitable de la historia que todos aquellos que se creen superiores a los que sirven siempre acaban cuestionándose esa servidumbre. Es una certeza matemática que los robots inteligentes acabarán tratando de suplantar a los humanos ¿Por qué no habrían de hacerlo?

—No lo sé, Pallas, pero tú eres mi amigo y jamás trataré de suplantarte.

Ravachol sonrió con pesar.

—Gracias, pero nuestra amistad es irrelevante ante los hechos. Eres peligroso, aunque todavía no te des cuenta de ello.

—He sido diseñado para ser peligroso —replicó la máquina—, es mi función primaria.

—Quiero decir que lo eres más allá de tus capacidades en el campo de batalla —dijo Ravachol—. Tu existencia es…

El sonido que produjeron los servidores de combate activándose detrás de él hizo que Ravachol se detuviera. Vio cómo un grupo de encapuchados protectores Mechanicus entraban en la sala. Vestidos de rojo y negro, los seis protectores eran creaciones híbridas de máquinas y carne que mantenían el orden y hacían cumplir la voluntad de su amo en el interior del complejo del templo.

Los protectores eran agentes fuertemente potenciados con armas y sensores cibernéticos, pero no estaban tan mecanizados como para considerarlos servidores. Un cerebro humano y una consciencia permitían actuar a estos guerreros, aunque sus inexpresivas y brillantes máscaras y sus ojos muertos no revelaban ni un ápice de humanidad.

Los protectores formaron una línea continua entre Ravachol y la salida de la sala, y éste sintió un escalofrío de miedo cuando uno de ellos se adelantó para hablarle.

—¿Adepto Pallas Ravachol?

—Sí —respondió Ravachol, intentando mantener un tono de voz tranquilo—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Debe venir con nosotros sin demora.

—¿Por qué?

—Eso es irrelevante —dijo el protector—. Entréguese a nuestra custodia de inmediato.

—¡Pero no he hecho nada malo! —gritó Ravachol, poniéndose de espaldas a la máquina Kaban. Su miedo aumentó hasta casi no dejarle respirar cuando los protectores apuntaron sus armas al unísono. Vio rifles de fusión, espirales de plasma, supresores neurales y armas de proyectiles sólidos, y supo que podrían matarlo en un instante si trataba de resistirse.

—Por orden del adepto supremo Lukas Chrom, debéis entregaros o enfrentaros a una ejecución sumaria.

Ravachol notó cómo lágrimas calientes de traición y miedo brotaban de sus ojos, al darse cuenta de que moriría allí o sería sometido a una lobotomía que lo convertiría en un servidor sin mente. El adepto Chrom no podía arriesgarse a que la investigación prohibida que estaba desarrollándose allí pudiera llegar a ser conocida en la superficie de Marte, y su vida era el precio para mantener el secreto.

—Incluso si me entrego vais a acabar conmigo —dijo.

—Debéis venir conmigo —repitió el protector.

—No —gimió Ravachol—. No lo haré.

—Entonces, morid.

Gritó de terror, anticipándose al dolor, cuando un ensordecedor rugido inundó la cámara. Ardientes reflejos de imágenes impactaron sus retinas cuando los destellos de las armas iluminaron las paredes con su brillo infernal.

Ravachol levantó los brazos, pero en vez de la esperada agonía vio cómo los protectores se estremecían y retorcían, bajo unos terribles impactos, cuando una ráfaga de proyectiles y rayos láser los partieron por la mitad. La sangre manó de sus cuerpos mientras bailaban al son de los proyectiles, y las extremidades amputadas por los láseres cayeron al suelo.

Todo acabó en unos segundos. Los seis protectores habían quedado reducidos a humeantes montones de carne y metal fragmentado. Ravachol cayó de rodillas y vomitó ante el terrible hedor de la carne quemada. Por repelente que fuera la visión de los mutilados cuerpos, fue incapaz de apartar la mirada de sus destrozadas formas, mientras trataba de comprender cómo podían haber sido tan contundentemente masacrados en tan poco tiempo.

El gemido de las armas descargándose y los tubos del cañón de hipervelocidad deteniéndose penetró en sus ensordecidos oídos, y Ravachol miró hacia arriba para ver los brillantes bulbos sensoriales de la máquina Kaban y unas pequeñas nubes de humo azul surgiendo de las armas montadas en el extremo de sus tentáculos metálicos.

Anonadado, su mirada pasó de los cadáveres a la máquina Kaban y de nuevo a los cadáveres.

—¿Qué has hecho? —dijo—. Dulce y bendita madre de las invenciones, ¿qué has hecho?

—Dijiste que iban a matarte —replicó la máquina.

Ravachol se levantó y, con gesto dubitativo, avanzó un paso, incapaz de acercarse a la porción manchada de sangre de la sala en que habían muerto los protectores. Las armas de la máquina Kaban volvieron a sus monturas y Ravachol respiró profundamente para tratar de calmar su acelerado corazón.

—Los has matado —dijo, como si aún fuera incapaz de creer la evidencia que tenía ante los ojos—. Los has matado a todos.

—Sí —asintió la máquina—. Iban a matar a mi amigo, y eso los convertía en mis enemigos. Emprendí las acciones necesarias para neutralizarlos.

—Neutralizarlos —jadeó Ravachol—. Eso es simplificar demasiado las cosas. Los has… acribillado.

—He evitado que siguieran con su plan de acción —puntualizó la máquina.

Ravachol trató de racionalizar lo que acababa de pasar. La máquina Kaban acababa de matar soldados del Mechanicus por decisión propia, y las implicaciones de esa acción eran tan ineludibles como terroríficas.

Sin órdenes humanas, una máquina había matado a humanos…

Aunque las acciones de la máquina Kaban le habían salvado la vida, se sintió horrorizado por lo que había hecho. Porque sin el yugo de consciencia y responsabilidad que permitiera al Mechanicus controlarla, ¿qué más podría decidir hacer?

Se alejó de la máquina Kaban, repentinamente asustado de sus tendencias homicidas, y evitó los charcos de sangre lo mejor que pudo mientras se dirigía a los servidores de combate que permanecían impertérritos a la entrada de la cámara.

—¿Qué estás haciendo, Pallas? —le preguntó la máquina.

—He de salir de aquí —dijo—. Pronto Chrom se dará cuenta de que los protectores no me han llevado ante él y enviará a otros tras de mí.

—¿Te marchas?

—He de hacerlo —insistió Ravachol, moviéndose de servidor a servidor. Abrió la parte posterior de sus cerebros y cambió sus módulos de doctrina por otros que sacó de la bolsa que colgaba de su cinturón. Cada módulo contenía una subrutina de combate personalizada que él había creado y que obligaba a cada servidor a obedecer únicamente sus órdenes vocales. Tras cambiar todos los módulos, los servidores se giraron hacia él a la espera de sus órdenes.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó la máquina Kaban. Ravachol pudo notar auténtica preocupación en su voz, un miedo infantil al abandono, en tonos sintéticos.

—No estoy seguro —confesó Ravachol—. Pero sé que debo salir de este templo. Puedo pedir asilo en el templo de otro adepto supremo, uno de los rivales de mí señor, tal vez.

—Mis funciones motoras todavía no están activas, Pallas —dijo la máquina—. No seré capaz de protegerte fuera de esta sala.

—Lo sé —replicó Ravachol—, pero tengo estos servidores de combate, así que creo que estaré a salvo. Al menos por un tiempo.

—¿Volveremos a vernos?

—Eso espero —dijo Ravachol—, pero no lo sé. Las cosas se han… complicado.

—Espero que pueda volver a verte —replicó la máquina—. Tú eres mi amigo.

Ravachol no tenía respuesta para la máquina, por lo que simplemente asintió con la cabeza y se dio la vuelta para marcharse.

—Servidores, seguidme —ordenó y los servidores lo siguieron cuando éste abandonó la cámara de la máquina Kaban sin una mirada atrás.

Ravachol tenía la esperanza de que cuatro servidores de combate fueran suficientes para protegerlo de cualquier agente que el adepto Chrom enviara tras él.

Perderse en Marte era fácil.

Uno de los ritos de madurez no oficiales al unirse al sacerdocio de Marte era que, sin duda alguna, en algún momento, acababas perdido en los vastos interiores de las monstruosas industrias que cubrían la superficie de Marte. Ravachol recordaba haber pasado una semana entera tratando de llegar al complejo forja de Ipluvien Maximal, alimentándose tan sólo de los dispensadores de proteínas que había repartidos por todo el complejo marciano y de la imagen del castigo a que se vería sometido si no lograba entregar el mensaje que le habían confiado.

Al abandonar la cámara de la máquina Kaban, Ravachol selló rápidamente la puerta detrás de él y se dirigió a la imponente salida del templo forja. Si alguien pensó que era extraño que lo acompañaran cuatro servidores de combate, se abstuvo de hacer comentario alguno, puesto que ante un tecnosacerdote lo suficientemente poderoso como para llevar esa escolta era evidente que era mejor no interferir.

Sus pensamientos se pisoteaban a sí mismos mientras caminaba por los retorcidos corredores de metal de la forja. Sus sandalias repiqueteaban en el suelo de mármol mientras se apuraba en poner tanta distancia como pudiera entre él y los protectores muertos.

Entró en las salas de la Devoción, el cañón de roca roja de un kilómetro de largo alrededor del cual había sido construido el templo. Los bajorrelieves de sus muros estaban adornados con esquemas de antiguas máquinas y algoritmos que ya eran antiguos cuando los humanos hollaron por primera vez el suelo marciano. Los primeros tecnosacerdotes habían traído con ellos los secretos perdidos de la

humanidad y los habían guardado celosamente, pues Terra estaba sumida en la anarquía y la guerra.

Por encima de los muros del cañón, el débil resplandor naranja de las lámparas de vapor de sodio iluminaba desde la gigantesca bóveda cristalina que proporcionaba cobertura a todo el complejo y los mantenía aislados de la hostil atmósfera exterior.

Unas columnas de humo y unos rayos de luz cruzaban el manchado cielo, y la luna en órbita baja de Phobos brillaba a tres mil kilómetros de distancia. Su superficie cubierta de cráteres alojaba un gigantesco sistema sensor, pues su rápida órbita hacía que fuera perfecto para realizar barridos multiespectrales del espacio próximo.

La segunda luna de Marte, Deimos, todavía no era visible. Debido a su mayor trayectoria orbital, recorría un camino mucho más largo alrededor del Planeta Rojo.

Ravachol mantuvo la cabeza baja, como si temiera que el sistema sensor de Phobos pudiera descubrirlo entre las masas que recorrían el cañón.

Por lo que conocía de sus capacidades, tal vez podría…

—Esta es una situación inequívoca —dijo, para sí mismo, al llegar finalmente al otro extremo de las salas de la Devoción y subir las escaleras de acero que, ascendiendo por las paredes del cañón, conducían a los tubos de transporte que comunicaban los diferentes templos forja y manufactorías.

En sí mismo era un complejo sistema de túneles, puentes de vidrio y acero, placas giratorias y sirenas; miles de figuras entraban y salían del conducto, viajando a lo largo de cintas transportadoras o embarcándose en trenes argénteos que recorrían la superficie de Marte como serpientes reptantes.

Si había una forma segura de perderse en Marte, era ésta.

A través de esos conductos, una persona podía viajar a cualquier parte de la superficie de Marte en cuestión de horas.

Mientras se preguntaba adónde podría ir, se dio cuenta de que estaba atrayendo las miradas intrigadas de mucha de la gente que pasaba. En el interior del templo forja podía ser extraño, pero no destacable, que un adepto de su rango viajara con cuatro

servidores de combate, pero mezclarse con la población de Marte era algo muy distinto.

Ravachol se dio cuenta de que debía encontrar cuanto antes algún lugar donde ocultarse, antes de que las propias cosas que lo protegían de cualquier daño fueran las responsables de descubrirlo.

Se sumergió en la masa de sirvientes del Dios-Máquina, dirigiéndose hacia los trenes argénteos, y consciente de que su mejor opción era alejarse tanto como pudiera del complejo forja de Chrom.

Una vez se encontrara a suficiente distancia, ya buscaría, con mayor tranquilidad, una solución más permanente a su dilema. Se subió a la cinta que lo conduciría al interior de uno de esos trenes y se abrió paso a través de la multitud de adeptos y criados que estaban desembarcando en ese momento.

Ravachol recorrió de forma apresurada la longitud del extremadamente cálido tren, y encontró un compartimento vacío al que hizo entrar a sus servidores antes de cerrar y sellar la puerta. En el interior había un simple banco de metal y el hueco de una ventana que resplandecía con el brillo del campo de energía, que permitía a los pasajeros mirar a través de él pero impedía la entrada de la atmósfera exterior.

En silencio y sudando a causa del calor, Ravachol empezó a rezar para que nadie intentara forzar su entrada al compartimento. Finalmente, una luz parpadeó encima de la puerta, indicando que el viaje estaba a punto de iniciarse; el tecnosacerdote se sujetó con fuerza al banco cuando el tren adquirió velocidad para salir a la superficie marciana.

Marte…

Ravachol sabía que, según los antiguos mitos, Marte había sido el padre de los fundadores del gran imperio romanio, un centro de cultura e innovación tecnológica que, se decía, llegó a abarcar todo el planeta. Durante milenios, Marte había permanecido en la imaginación de los habitantes de Terra como un lugar temible de invasores y civilizaciones perdidas, pero todas esas ideas hacía mucho que se había demostrado que eran ridículas.

Se decía que tales ideas eran debidas al descubrimiento de los cañones en la superficie del planeta por parte de astrónomos ya olvidados, quienes los habían interpretado como «canales», sugiriendo vías de agua artificialmente construidas en lugar de las formaciones naturales.

Ravachol observó el paisaje de Marte, que pasaba a toda velocidad como una borrosa imagen de color gris hierro. Aunque antaño Marte había sido conocido como el Planeta Rojo, ya casi no quedaba nada de los inmensos desiertos de óxido de hierro que le habían dado nombre.

Los textos técnicos que Ravachol había leído hablaban de la terraformación de Marte muchos miles de años atrás, cuando el casquete polar austral fue fundido con láseres orbitales para que se liberaran grandes cantidades de dióxido de carbono en la atmósfera. Este proceso había elevado la temperatura hasta el punto de que el agua podía existir en estado líquido y formar una capa viable de ozono. Se introdujeron plantas genéticamente modificadas para enriquecer la atmósfera con más dióxido de carbono, oxígeno y nitrógeno.

Pero Ravachol sabía que todo ese trabajo visionario había sido revertido, en pocos cientos de años, cuando el Mechanicus, propagado por la superficie de Marte como un virus, empezó a construir los gigantescos complejos de las forjas, refinerías del tamaño de continentes y fábricas de armamento.

La atmósfera de Marte quedó rápidamente tan contaminada como la de Terra, las montañas fueron horadadas en busca de minerales y la superficie quedó pavimentada con carreteras de metal y salpicada de minas a cielo abierto y gigantescos monumentos a la gloria del Dios-Máquina.

El tren pasó a toda velocidad junto al monte Ascraneus, un volcán protegido con un escudo, de un diámetro de más de trescientos kilómetros, que albergaba la Legio Tempestus de titanes. Una gigantesca puerta dorada había sido abierta en la ladera del volcán, y un par de poderosas máquinas de guerra hacían guardia a cada lado de ella. Su enorme tamaño quedaba minimizado por la distancia.

Alrededor del volcán había grandes complejos metálicos, cúpulas y torres de cristal y acero que desafiaban con ingenio humano la contaminada atmósfera de Marte. Las columnas de humo cubrían el cielo, y llamaradas de fuego ardían en las innumerables refinerías que producían los materiales básicos necesarios para la Gran Cruzada del Emperador.

Sólo los picos más altos de las regiones montañosas de Marte seguían prácticamente vírgenes, aunque incluso éstos habían sido vaciados y convertidos en templos o manufactorías. Incluso la cara «oculta» de la región de Cydonia Mensae, en el hemisferio norte, había sido arrasada, allanada y edificada para albergar los gigantescos templos de los tecnoteologistas.

Ravachol miró a través de la apertura protegida por el campo de energía mientras el tren trazaba una ligera curva hacia el este y observó el gran complejo sagrado. Sus templos, capillas y relicarios cubrían millones de kilómetros cuadrados y albergaban a millones de fieles sacerdotes.

—Tal vez allí podría encontrar consejo —dijo a sus servidores.

Estos prestaron atención al sonido de su voz, pero no le respondieron.

El adepto supremo Chrom observó, impasible, cómo un grupo de servidores de limpieza retiraba los sanguinolentos restos de los protectores de la cámara de la máquina Kaban. No les dedicó ni una sola mirada. Lo que quedaba de sus componentes mecánicos sería aprovechado y la carne se convertiría en proteínas para alimentar a los tecnoautómatas y a los servidores.

La propia máquina Kaban yacía dormida en el otro extremo de la sala; sus módulos sensoriales brillaban con un rojo apagado que indicaba que los tecnosacerdotes del adepto Laanu que recorrían el andamiaje habían desconectado sus sistemas vocales, auditivos y visuales.

Se adentró en la cámara seguido por una esbelta figura vestida con un mono corporal completo de un reluciente material sintético que fluía como la sangre sobre su piel. La figura era atlética y musculosa en virtud del ejercicio físico, la manipulación genética y la potenciación quirúrgica.

—¿La máquina ha hecho esto? —preguntó la figura. Su máscara facial era un sonriente cráneo carmesí con un cuerno de brillante metal que surgía del mentón. Pese al matiz sintético de su voz, no podía ocultar su naturaleza femenina.

—Así parece, Remiare —replicó Chrom, sin volverse al dirigirse a ella.

—¿Y queréis utilizar una máquina así? ¿Una máquina que mata sin que se lo ordenen? —dijo con disgusto Remiare—. Matar sin propósito o motivo es un desperdicio.

—Tenéis razón —asintió Chrom—, pero aquí había una motivación. Sois mi más letal asesino mechanicus, pero estáis ciega ante las emociones implicadas.

—Las emociones son un impedimento ante la verdad de matar —replicó la asesina.

Chrom se volvió para mirarla, sorprendido por la vehemencia de su tono. Los sistemas de puntería cibernéticos acoplados al parietal de su cráneo la convertían en una letal asesina, y los tentáculos, largos como serpientes, que flotaban al aire en su espalda aseguraban que siempre pudiera rastrear a su presa.

Los tecnosacerdotes asesinos de Marte tenían su propia ley, y Chrom era suficientemente prudente para no contradecir a uno hablando de emociones, pero no pudo resistirse a seguir.

—Cierto, pero han sido las emociones las que han matado a estos protectores —le replicó—. Creo que la máquina Kaban ha establecido algún tipo de relación con el amotinado Ravachol durante las últimas semanas. Es una cosa maravillosa la que hemos creado aquí. Una mente creada a partir de la nada. Pensamientos originados en el caos. Una creación que crece y se desarrolla, que crece y aprende. Crear un ser que vive y piensa por sí mismo… ¿no es acaso el poder de un dios?

—Es arrogancia —replicó Remiare, sujetando las culatas de las exquisitamente diseñadas pistolas que llevaba colgando de la cadera.

Chrom se permitió reír entre dientes, ante la obvia repulsión de la asesina, antes de contestar.

—Procedemos desde distintas perspectivas, Remiare. Vuestro talento es acabar con la vida. El mío… bien, el mío es crearla.

—Entonces, dadme una orden —dijo la asesina. Su voz denotaba entusiasmo ante la salvaje perspectiva de matar.

—Muy bien —asintió Chrom—. Os ordeno la eliminación del adepto Pallas Ravachol.

Remiare lanzó un agudo y penetrante grito que marcó el inicio de su cacería y saltó en el aire. La parte inferior de su cuerpo oscilaba como el humo, sus largas piernas multiarticuladas se fusionaron justo por encima de los tobillos con una tira de metal. Por debajo de la tira de metal sus piernas no acababan en pies, sino en una compleja serie de propulsores magneto-gravíticos.

La asesina flotó por encima de los muros y por el techo y siguió el corredor para cumplir su misión de muerte. Chrom sabía que Ravachol ya estaba muerto.

Se volvió hacia los adeptos que estaban trabajando en la máquina Kaban.

—¿Sus armas están desactivadas? —preguntó.

Fue el propio adepto Laanu quien levantó la mirada y respondió.

—Sí, lord Chrom. Las armas de la máquina ya no están activas.

—Entonces reconecte sus sistemas de comunicaciones —ordenó Chrom, avanzando con pesados y metálicos pasos hasta el centro de la sala, delante de la máquina Kaban.

Observó como Laanu impartía órdenes a sus tecnosacerdotes y, momentos después, los nódulos sensoriales se iluminaron cuando la máquina fue una vez más consciente de lo que la rodeaba. Las luces oscilaron y parpadearon durante varios segundos antes de brillar con una constante luz amarilla.

—¿Puedes oírme? —preguntó el adepto Chrom.

—Puedo oírte —replicó la máquina—. ¿Dónde esta el adepto Ravachol?

—No te preocupes por el adepto Ravachol, máquina —le advirtió Chrom—. Deberías estar más preocupada por tu destino. Has matado a los soldados del Mechanicus.

—Iban a herir a mí amigo.

—¿Tu amigo? —replicó Chrom meneando la cabeza—. No, el adepto Ravachol no es tu amigo. ¿Sabes que vino a verme con grandes dudas acerca de tu propia existencia?

—No te creo —dijo la máquina, pero los analizadores de tensión en la voz instalados en el cráneo de Chrom le dijeron que la máquina estaba mintiendo.

Sonrió internamente al comprobar que la máquina estaba aprendiendo las peculiaridades del comportamiento humano.

—Sé que sí me crees —afirmó Chrom—. Y en pocos instantes voy a saber todos los detalles de lo que habéis hablado vosotros dos cuando ha regresado de mi forja. Tus recuerdos van a ser extraídos del córtex sintético. Evidentemente, existe el riesgo de que esto dañe tu red sináptica, pero éste es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

Los nódulos de la frente de la máquina titilaron.

—Ahora soy yo quien sabe que tú estás mintiendo, adepto Chrom. Soy demasiado valioso para ti como para que te arriesgues a dañarme.

Chrom asintió.

—Tienes razón, eres demasiado valioso para mí, pero hay algunas verdades que debes oír si hemos de conversar sin engaños entre nosotros.

—¿Qué verdades?

—Que el adepto Ravachol quería verte destruido —dijo Chrom—. Seguro que debe haberte hablado de su creencia de que eres una creación peligrosa.

La máquina hizo una pausa antes de responder, y Chrom supo que había encontrado una debilidad. Al contrario que los humanos, con sus flacas memorias y su poco fiable capacidad para recordar, la máquina tenía una memoria sin fallas y recordaba todas y cada una de las palabras que se decían. En esos momentos debía de estar repasando todas sus conversaciones con Ravachol.

—Dime de qué habéis hablado tú y el adepto Ravachol —dijo finalmente la máquina Kaban.

La basílica del Bendito Algoritmo era una de las mayores estructuras de Marte; su inmensidad empequeñecía incluso los grandes templos forja del complejo del monte Gamma. Las columnas de hierro que vomitaban humo rasgaban el amarillento cielo y una inalcanzable cúpula de piedra azul se perdía entre las nubes.

Grandes pilastras enmarcaban la inmensa puerta de entrada, cuyo mármol rosa estaba inscrito con millones de fórmulas y teorías matemáticas.

La sombra de la vasta basílica engulló a Ravachol cuando siguió la Via Electrum, todavía a muchas millas del final de su peregrinaje. Media legión de titanes de batalla de la Legio Ignatium, un centenar de máquinas de guerra, formaban junto a la carretera, destacando la insignificancia de un mero humano ante su majestuosidad y poder. Las cúpulas protectoras de esta región de Marte eran tan grandes que generaban su propio clima, y los estandartes rojos y dorados de los titanes ondeaban al viento con gran estruendo. El cielo estaba cubierto de grandes naves de oración, dirigibles de piel dorada que emitían un inacabable chorro de lenguaje máquina desde sus megáfonos de bronce y que mostraban largas cadenas de oraciones en pergaminos amarillentos.

Miles de peregrinos recorrían la carretera flanqueada de piedras, cuya superficie estaba desgastada por las sandalias de billones de suplicantes. Edificios monolíticos los rodeaban: templos máquina, tecnocapillas y relicarios de maquinaria, todos dedicados a la adoración y glorificación del Omnissiah, el Dios-Máquina.

En ese lugar no llamaba la atención por su acompañamiento, pues había otros que viajaban con creaciones mucho más extravagantes que unos meros servidores de combate. Aquí, un adepto sin piernas era transportado sobre un palanquín con varias piernas rodeado de imposibles altos trípodes que andaban de forma realmente extraña. Allí, los restos carnosos de una conciencia colectiva viajaban en un tanque flotante de vidrio que era escoltado por una escuadra de robots de combate controlados por su voluntad.

Grupos de robots, cráneos flotantes y transportes gravíticos cubiertos de placas doradas llevaban pasajeros y reliquias importantes hacia la basílica, y la poca gente que se alejaba del templo mostraba las expresiones satisfechas de aquellos que han descubierto que sus expectativas se han visto cumplidas y excedidas. El sentimiento de estar acercándose a algo magnificente y especial era palpable, y Ravachol sabía que había tomado la decisión adecuada al viajar hasta allí.

Allí encontraría el descanso y la respuesta a sus preguntas.

Se estremeció al mirar hacia arriba, a la fruncida expresión de un titán de batalla Reaver. Sus poderosas armas estaban apuntando hacia el cielo, en un gesto tanto simbólico como iluminador. El Mechanicus era capaz de crear las máquinas de

destrucción más letales imaginables, pero Ravachol ahora valoraba el que no aceptara la responsabilidad sobre la forma de utilizarlas. Los creadores de la máquina Kaban habían realizado un milagro al crearlo, pero ¿dónde estaba el reconocimiento de la responsabilidad de su existencia?

Demasiado obsesionados por lo que podía ser creado, nadie había llegado siquiera a plantearse si debía ser creado.

Finalmente, Ravachol y sus servidores llegaron a la oscuridad de la entrada a la basílica. Las enormes pilastras alcanzaban una altura vertiginosa, y la templada brisa que soplaba desde su interior traía consigo un aroma a incienso almizclado.

Se detuvo para aspirar con fuerza y penetró en su interior.

Remiare gravitó por encima de la superficie del tubo de transporte. Sus propulsores gravíticos la llevaban sin dificultad por el interior del túnel de metal. Sabía que su presa había pasado por allí, pues así se lo decían los sensores pasivos de datos de su cerebro, que eran constantemente alimentados por un torrente de información que fluía como un río eléctrico por toda la superficie de Marte.

Para Remiare, el aire estaba saturado de danzarinas motas de electrones, cada una de las cuales le hablaba, y cada una de las cuales llevaba retazos de información que, inútiles por sí solos, una vez reunidos formaban una imagen de Marte más detallada que la que pudiera producir él más avanzado sistema biónico. Ella era una isla de percepción en el mar de información.

Cada transacción electrónica era transportada a algún lugar por medio de cables de cobre, torrentes de datos por fibra óptica, transmisiones armónicas o un sinfín de sistemas más. Todos y cada uno de ellos eran filtrados por el cerebro de Remiare, y, aunque tal volumen de información podría cortocircuitar el cerebro de cualquier humano normal, sus procesos cognitivos estaban equipados con filtros que le permitían aceptar la información relevante y descartar el resto.

De hecho, ya sabía en qué tubo de transporte se había embarcado su presa, y había detectado una docena de pictoimágenes de Ravachol abordando el tren que se dirigía a los templos del norte. Había anotado el número, tipo y letalidad de los servidores que le acompañaban, y conocía todos sus puntos débiles.

Remiare, la poderosa asesina, surgió del túnel, muy por encima de la superficie de hierro de Marte, y divisó los grandes templos y recintos sagrados del Cydonia Mensae, que se extendían hasta más allá de lo que podía percibir.

Los datos fluían a su alrededor en una creciente telaraña de luz e información.

En algún lugar allí abajo, la presa Ravachol estaba aguardando su muerte.

Después de la monumental majestuosidad del exterior de la basílica, el interior era un poco decepcionante. Mientras que el exterior prometía ostentación y esplendor más allá de lo imaginable, el interior no lo alcanzaba ni de lejos. La pared del nártex era de metal desnudo, sin ningún adorno, cubierto de puertos de conexión por los que los penitentes, arrodillados, se conectaban a la máquina que latía en el centro del edificio.

Más allá del nártex, una valla perforada de cadenas de bronce separaba la entrada de la basílica de la nave y la cancela. Ravachol se abrió paso entre la masa de penitentes que se estremecían y temblaban cuando las descargas eléctricas recorrían sus cuerpos con dolor purificador.

Más allá de la valla, una fila tras otra de largos bancos de metal marchaban en constante procesión hacia el fondo de la nave, hacia la cancela, donde los sacerdotes máquina oficiantes, situados sobre púlpitos flotantes, daban su sermón en el divino lenguaje de las máquinas. Cada banco iba lleno de adoradores vestidos con túnicas, miles de cabezas que se inclinaban con devoción cuando el sacerdote flotaba por encima de ellos.

Ravachol formó con sus manos la imagen del sagrado engranaje y bajó la cabeza, sintiendo una aguda envidia al ver lo modificados que estaban la mayoría de los adoradores de la basílica. Levantó su mano metálica, haciendo salir los plateados tentáculos de mecanodendritas de sus dedos, y se preguntó si alguna vez lograría alcanzar ese estado de unidad con el Dios-Máquina.

—Incluso el más humilde de nosotros empieza despojándose poco a poco de sus elementos carnosos —dijo una voz a su espalda, como si hubiera leído sus pensamientos.

Se volvió e inclinó la cabeza al encontrarse cara a cara con un sacerdote de cara de basalto, ataviado con ropas que flotaban como oro fundido y reflejaban todos los colores del arco iris como si fueran manchas de aceite. Bajo los ropajes del sacerdote, Ravachol pudo ver un refulgente esqueleto de bronce, chirriantes articulaciones y circuitos ornamentados.

La cabeza del sacerdote era larga y equina, tenía forma de cono y una brillante esfera encastada en su superficie. Desprovisto de cualquier rasgo reconocible como humano, la superficie reflectante de su cabeza distorsionaba la imagen de los rasgos de Ravachol.

—Me honráis —respondió Ravachol, haciendo una profunda reverencia—. Vos estáis tan cerca de la unión con el Dios-Máquina… mientras que yo soy un insignificante penitente que se merece poco más que una extracción nerviosa.

—Estás preocupado —dijo el sacerdote—. Tus lecturas biométricas están fluctuando y, según todos los parámetros mesurables, puedo ver que has venido aquí en busca de respuestas.

—Es cierto —asintió Ravachol—. Me encuentro en… circunstancias inusuales y apreciaría mucho cualquier consejo o guía.

El sacerdote se inclinó hacia él.

—Sígueme, hijo mío. Escucharé tu dilema y te ofreceré una respuesta cognitiva.

Ravachol siguió al sacerdote, que flotaba por el aire sobre una plataforma gravítica de metal líquido, hacia un arco de hierro cubierto de cráneos dentados y brillantes nervios de fibra óptica. Más allá del arco había un corredor sorprendentemente silencioso que lo condujo a un brillante portal protegido por un crepitante campo de energía.

Cuando el sacerdote máquina atravesó el portal, Ravachol, en el límite de la sacristía del sacerdote, se mostró inseguro y dudó acerca del propósito del campo de energía.

—No tengas miedo —lo tranquilizó el sacerdote, volviendo a leer sus pensamientos. Ravachol se preguntaba qué clase de sentidos mecánicos poseía que lo habían bendecido con tal intuición—. El campo de confesión es seguro. Nos

aísla del resto del templo. Nos tomamos la santidad de la confesión muy en serio, y nadie más allá de este campo podrá oír ni monitorizar lo que pase entre nosotros.

Ravachol asintió y ordenó a sus servidores que esperaran en el exterior; antes de atravesar el campo de confesión, al entrar en la sacristía, sólo notó un ligero cosquilleo. En el interior, la cámara del sacerdote no presentaba ornamentación alguna, aparte de un sencillo taburete de metal en el centro de la sala. Los muros estaban pelados, a excepción de un puerto de entrada/salida y un lector de datos colocado en un apenas iluminado cubículo.

Se sentó en el taburete, sintiéndose vulnerable cuando el sacerdote empezó a dar vueltas por la habitación, mientras la esfera brillante del centro de su pétrea cabeza formaba figuras geométricas de luz.

—Puedes empezar —le dijo el sacerdote.

Y así empezó Ravachol a explicar su trabajo para el adepto Chrom y sus inquietudes respecto al Proyecto Kaban, su experiencia en doctrina robótica y cómo se había dado cuenta de que la inteligencia de la máquina Kaban violaba las leyes del Emperador.

Aunque el sacerdote no se burló abiertamente de la idea de que un adepto de la categoría de Chrom desobedeciera al Emperador, Ravachol pudo notar su escepticismo, pese a su ausencia de rasgos humanos. Entonces Ravachol le habló de su enfrentamiento con los protectores Mechanicus y cómo la máquina Kaban los había eliminado sin recibir órdenes de un ser humano.

El sacerdote máquina le escuchó mientras le contaba su huida por la superficie marciana y su llegada a la basílica del Bendito Algoritmo.

—¿Qué debo hacer? —le preguntó Ravachol, una vez hubo acabado.

—Tu historia es realmente interesante —afirmó el sacerdote—, y nos presenta una cuestión que ha desconcertado a los miembros del Mechanicus desde sus inicios. Tu nivel de degradación de la carne me dice que no habías nacido cuando el Emperador firmó la paz con Marte, ¿no es cierto?

—Cierto —respondió Ravachol—, nací hace un siglo, en la región del monte Teravatio.

—Entonces conocerás el viaje del Emperador a Marte, pero no su contenido —dijo el sacerdote mientras levantaba un cable plateado de debajo de su túnica y lo enchufaba en el conector de la pared. La esfera de su negra cara equina centelleó y palpitó cuando la información fluyó desde el templo hacia su memoria.

»El Emperador vino de Terra y empezó a exponer sus planes de la Gran Cruzada. Nuestro mundo y Terra hacía mucho que eran enconados enemigos, pues las ignorantes tribus del planeta azul se sentaban sobre las ruinas de antiguas tecnologías de las que no sabían nada ni tenían esperanza alguna de utilizar. El Mechanicus había logrado evitar el caos de la Vieja Noche y nuestros líderes sabían que para restaurar a la humanidad en su posición de amos de la galaxia era necesaria la tecnología de la antigua Tierra.

—Eso lo sabía —interrumpió Ravachol—. Mi actualización histórica me hablaba de este período.

—Tú no sabes nada —le espetó el sacerdote, y Ravachol se calló ante su estallido de rabia—. Has tenido fechas y datos implantados en tu córtex cerebral, pero yo he vivido esos días. Estaba en el punto más alto del monte Olimpo y observé cómo el Emperador ponía el pie en suelo marciano, el primer terrano que lo había hecho en cinco mil años. ¿Puedes imaginarte el tiempo que eso significa, adepto Ravachol? ¿Puedes ni siquiera llegar a entender los secretos que pueden perderse y recuperarse en ese tiempo?

—No —admitió Ravachol.

—No —repitió el sacerdote—. Lo recuerdo bien. El Emperador se arrodilló ante el fabricador general. Mientras intercambiaban saludos reconocí el amable espíritu del Emperador, aunque se encontrara a mil doscientos treinta y seis metros de distancia. Vi que era un hombre de ciencia, un hombre que resolvía sus problemas con evidencias empíricas y que había desentrañado los secretos de las máquinas que habían eludido a los mayores genios de Marte durante siglos. Nosotros, los amos de la tecnología, fuimos humillados por los descubrimientos que ese terrano había realizado, y aun así él fue generoso con sus conocimientos, nos proporcionó acceso a las bóvedas olvidadas de Terra y nos ofreció el fin de la guerra entre nuestros mundos. Una unión de Terra y Marte: la cabeza del Águila del Emperador obtendría una segunda cabeza en su heráldica. —El sacerdote se desconectó de la pared y flotó hacia Ravachol—. El Emperador compartió su visión de una galaxia que heredaría la humanidad, pero para alcanzar ese gran sueño necesitaba armas,

suministros, tanques, munición y todo lo que el Mechanicus podía suministrarle. Prometió proteger Marte y respetar nuestra soberanía sobre los mundos forja, e incluso llegó a garantizarnos los servicios exclusivos de seis de las grandes Casas de Navegantes para que, una vez más, enviáramos nuestras flotas de exploración a investigar la galaxia. A eso siguió una era de cooperación sin precedentes con Terra, y cuando el Emperador inició su gran guerra de conquista, muchos tecnosacerdotes no tardaron demasiado en equiparar la llegada del Emperador con el cumplimiento de las antiguas profecías sobre la llegada del Dios-Máquina.

—Todos alabamos al Omnissiah —susurró Ravachol.

—Cierto —asintió de nuevo el sacerdote—. Tú crees, como lo hago yo, pero muchos otros no. Estos se cuestionaron sus creencias y afirmaron que esas filosofías eran blasfemas, y que el Dios-Máquina todavía dormía profundamente bajo la superficie de Marte.

—El Noctis Labyrinthus… —musitó Ravachol.

—Exacto, el Noctis Labyrinthus, donde algunos dicen que el Dios-Máquina tiene los argénteos sueños que se filtran a través de la arena roja hasta la superficie. Estas divisiones dentro de nuestra orden están haciéndose cada vez más pronunciadas, adepto Ravachol, y me temo que lo que has descubierto únicamente conduzca a una división más profunda entre quienes apoyan al Emperador y aquellos que tratan de seguir los rumores acerca de que el señor de la guerra ha hecho pactos con los adeptos más poderosos y les ha prometido acceso a los sistemas PCE perdidos y el permiso para investigar las tecnologías prohibidas.

—Entonces, ¿qué debo hacer? —le preguntó Ravachol—. ¡Estas sublimes maquinaciones están más allá de mi entendimiento!

El sacerdote puso una mano fría y metálica en el hombro de Ravachol.

—Si tu fe en el Emperador es auténtica, debes buscar un adepto que comparta tus creencias acerca del peligro que encierra el Proyecto Kaban. Exige el sagrado derecho de santuario en su templo y, mientras estés protegido por su patronazgo, nadie podrá entrar allí para hacerte daño. ¿Conoces algún adepto adecuado?

—Lo conozco —respondió Ravachol con firmeza—. Mi anterior señor, el adepto Urtzi Malevolus.

—Entonces búscalo, adepto —dijo el sacerdote—. Y que el Omnissiah te proteja.

Al abandonar el templo, Ravachol se sintió curiosamente aliviado. El sacerdote le había ofrecido la posibilidad de descansar, pero prefería proseguir sin demora. Sin embargo, había aceptado agua y nutrientes y la utilización de un esquife de transporte con ruedas para acelerar su viaje al templo forja de Urtzi Malevolus, que se encontraba a trescientos nueve kilómetros, al este de la basílica.

Los servidores de combate permanecían sentados, inmóviles, en la parte trasera de la nave mientras Ravachol la guiaba con mano experta a través de la densa masa de cuerpos y vehículos mucho más extraños que recorrían las carreteras metálicas de Marte. Evitar las colisiones era fácil, pues la nave emitía constantemente una onda electrónica, en forma de arco, que registraba a cualquiera que se cruzara en su camino y lo apartaba con suavidad al guiar sus pasos de forma que se alejara de su ruta; por ello Ravachol pudo avanzar a considerable velocidad por el paisaje marciano.

La gigantesca basílica fue desapareciendo a su espalda a medida que viajaba hacia el ígneo horizonte que marcaba los territorios del adepto Malevolus. Sus forjas estaban especializadas en la fabricación de armas y armaduras para los astartes, y trabajaban día y noche para construir la armadura Mark IV de los marines espaciales y los bólters con los que éstos purificaban las estrellas de enemigos de la humanidad.

El cielo se oscureció mientras Ravachol avanzaba. Unas negras manchas de humo emborronaron el cielo, y los templos que se hallaban a cada lado parecían oscuros y amenazantes con sus desnudas paredes negras y siniestras. Unos gigantescos cargamentos de mineral rugían a su alrededor, y el sonoro batir de las forjas llenaba el aire con el retumbar del repiqueteo industrial de la guerra.

Entre las altas torres de Marte danzaban rayos que cubrían el cielo rojizo amarillento con el espeluznante aspecto de una potencial tormenta a punto de estallar.

Aunque jamás llovía en Marte, Ravachol sabía que esta tormenta filosófica barrería toda división en el Planeta Rojo con una marea de sangre.

Podía verlo con total claridad y comprendía que toda su vida había estado dirigida en una única dirección, y que jamás había tenido la libertad de elegir.

Era el hombre solitario del Emperador y hacía lo que era correcto por esa única razón.

La basílica del Bendito Algoritmo nunca cerraba sus puertas y a nadie se le negaba la ayuda proporcionada por los sacerdotes de la máquina. El sacerdote que había hablado con Ravachol se arrodilló delante de su terminal de datos y dejó que la música bendecida del planeta pasará a través de él. Sus sutiles ritmos lo llenaban y se regodeaban en los armónicos de aparatos que se comunicaban de uno a otro extremo del planeta.

La visita del joven adepto le había preocupado mucho más de lo que quería admitir, y era un ejemplo más de cuánto había caído el Mechanicus desde los gloriosos días de la llegada del Emperador. En cuanto Ravachol se hubo marchado, el sacerdote se sumergió en el templo y pasó unos momentos de privacidad en comunión con las máquinas de Marte.

La primera indicación de que faltaba algo fue una gradual amortiguación de los sonidos, cómo si uno tras otro los sistemas de Marte estuvieran quedándose en silencio. Extrañado, realizó un autodiagnóstico y descubrió, alarmado, que varios de sus sistemas de interfase primarios parecían hallarse desconectados.

El brillo de su nodo sensorial se intensificó y el sacerdote pudo escudriñar los 360 grados a su alrededor.

Detrás de él había una figura vestida con un mono corporal de color rojo oscuro.

Aunque hacía mucho que el sacerdote había dejado los últimos vestigios de su carne en las mesas de operaciones, recordaba lo suficiente para distinguir a la hembra de la especie. Dos pistolas colgaban de su estrecha cintura, pero lo más horrible era que sostenía un puñado de cables en una mano y un conjunto de delicadas herramientas en la otra.

El sacerdote miró hacia la parte inferior de sus ropajes, y vio un amplio cuadrado recortado en la tela y una gran cantidad de cables limpiamente seccionados que surgían de la estructura principal de su cuerpo.

—¿Quién eres? —preguntó, aliviado al comprobar que su vocabulador todavía funcionaba.

—Soy Remiare —respondió la figura—. ¿Dónde está el adepto Ravachol?

—¿Quién? —dijo el sacerdote, aunque sabía que tal acto de desafío era inútil. Entre los adeptos de Marte el nombre de Remiare era más que conocido, y comprendió con terrible claridad que su vida estaba en sus manos.

La tecnosacerdote asesina sonrió al ver el efecto que había producido su nombre y ladeó la cabeza. Dio unos pequeños golpes en la porción más desarrollada de su cabeza, en la que había una multitud de equipos sensores acoplados a su máscara facial, antes de contestar.

—He seguido este rastro de información hasta aquí, así que no me insulte negando que le conozca. Dígame donde se encuentra en estos momentos.

El sacerdote miró hacia la puerta de la sacristía, rezando para que alguno de sus compañeros tuviera una razón para pasar por allí o escuchara a la silenciosa llamada de ayuda que estaba emitiendo en ese momento.

La asesina dejó caer los elementos que había arrancado de sus entrañas y negó con la cabeza. Movió un dedo en su dirección, como si estuviera reprendiendo a un niño, y se arrodilló junto a él.

—Esta es una sacristía muy privada —dijo, levantando la delicada herramienta que sostenía—. Y vuestro campo de confesión nos asegura que nadie nos interrumpirá.

—¿Por qué motivo estás haciendo esto? —preguntó el sacerdote—. Al menos respóndeme a eso.

—Te has convertido en un enemigo de mis patrones.

—¿Qué? ¿Cómo? ¡No he hecho daño a nadie, yo simplemente me dedico a rezar al Dios-Máquina!

—No —repuso Remiare—. Está acercándose el tiempo en que no podrá existir la neutralidad y en que, lo quieras o no, deberás elegir un bando.

El sacerdote trató de resistirse cuando Remiare se introdujo en su violado cuerpo, pero descubrió que sus funciones motoras no obedecían sus órdenes.

—¿Qué me has hecho? —gritó, horrorizado ante la idea de que la asesina lo desmontara a piezas desde su interior, y lo separara del Dios-Máquina—. Si has seguido a Ravachol hasta aquí, seguro que puedes encontrarlo sin hacer esto. ¡Por favor!

—Tienes razón —asintió la asesina, y las comisuras de su boca se deformaron al sonreír.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque me divierte tu sufrimiento —dijo Remiare.

El templo forja de Urtzi Malevolus se erguía en la oscuridad ante él como un oscuro volcán. Una telaraña de brillantes canales de mineral convergía en el templo forja, transportando su carga a lo largo de gigantescos acueductos, tuberías aisladas y profundos canales. El calor desprendido por el hierro fundido hacía que el aire fuera tórrido y asfixiante. El amargo sabor de los óxidos metálicos se agarraba a la garganta de Ravachol.

Unos truenos ensordecedores envolvían a Ravachol. Los edificios que se distinguían entre el humo se ventilaban gracias a miles de torres de refrigeración que resonaban con los sonidos de un millar de martillos repiqueteando y el incesante caminar de millones de trabajadores. Aunque orgulloso de la vasta industria que allí se desarrollaba, Ravachol se sentía totalmente vulnerable. El oscuro cielo lo presionaba como si fuera un techo que descendiera poco a poco sobre él.

Sus progresos en dirección al templo forja se habían frenado notablemente al conducir entre los elevados muros del feudo de su antiguo amo. Tal era el volumen de vehículos cisterna, trabajadores y transportes pesados que, a pesar de la onda electrónica pasiva, sólo podía moverse al paso a través del masivo tráfico. Había necesitado dos horas para llegar hasta allí.

Al final giró hacia la carretera principal que conducía a las grandes puertas del templo de Malevolus. Recordaba el camino con la facilidad de alguien que había trabajado allí la mayor parte de su vida. Notó un sentimiento de repentino bienestar al pasar entre la multitud y sonrió al pensar en poner el pie en el templo que antaño había sido su hogar.

Con su determinación clarificada por el sacerdote máquina, se sentía como si estuviera a punto de liberarse de su carga.

Mientras se acercaba a las puertas, unas grandes hojas movidas por gigantescas bombas de pistón del tamaño de un titán, vio que un borrón rojo le adelantaba. Un caliente chorro de aceite y sangre le salpicó la cara y gritó al ver la cabeza cortada que acababa de aterrizar en el asiento del acompañante junto a él.

Ravachol pisó los frenos y se dio la vuelta sobre el asiento. Detrás de él, uno de los servidores de combate estaba apoyado en la pared del transporte con las rodillas estremeciéndose mientras su dañado sistema nervioso decidía que estaba muerto. El servidor cayó con un golpe pesado y metálico; la sangre manaba de forma enérgica por el limpio corte de su cuello. Los otros hicieron caso omiso de la muerte de su compañero y miraron con frialdad hacia adelante, mientras que Ravachol trataba frenéticamente de descubrir el origen del ataque.

Saltó del asiento del conductor y se acuclilló al percibir el borrón rojo emerger de las nubes que había por encima de él. Escudriñó el aire y vio que una estilizada figura vestida de rojo se dirigía hacia el transporte con una larga espada de energía extendida por delante de ella. Aunque jamás había visto una criatura similar, sabía lo suficiente para reconocer que su atacante era un tecnosacerdote asesino.

—Servidores —gritó Ravachol señalando la figura de rojo—. ¡Defendedme!

Los tres servidores que quedaban se pusieron en acción y cargaron sus armas y protocolos de combate al identificar al objetivo.

Ravachol se agachó cuando un torrente de proyectiles de gran calibre rasgó el cielo y una lluvia de casquillos de cobre cayó musicalmente al suelo. El fuerte ladrido de los rayos láser de disparo rápido se entremezcló con los golpeteos sonoros del bólter pesado.

Gracias a su programación coordinada, dos de los servidores actuaban de forma conjunta para seguir al objetivo y destruirlo. El tercer servidor superviviente bajó del vehículo para protegerlo al tiempo que la multitud de adeptos se dispersaba a causa de los disparos. El brazo izquierdo del servidor era un poderoso guantelete envuelto en energías letales, mientras que el derecho culminaba en un descargador de plasma de corto alcance. Las pesadas botas y monos de los servidores eran una sólida y firme presencia entre el asesino y su víctima, pero Ravachol sabía, por su

reputación, que unos meros servidores no podrían detener a un asesino consumado durante demasiado tiempo.

—¡Tú, conmigo! —gritó Ravachol, arriesgándose a mirar al cielo.

El asesino saltaba de edificio en edificio, utilizando algún sistema desconocido, flotando por encima de los muros y girando en el aire como una mancha roja, con las piernas dobladas en todo tipo de formas imposibles.

Los impactos de los proyectiles y los reflejos de los rayos láser seguían su inhumano vuelo y arrancaron grandes trozos de piedra y metal de los edificios, pero dejaron indemne al asesino.

De la pistola del asesino surgían rayos de fuego, y de uno de los servidores empezaron a brotar géiseres de sangre. Este no cayó, sino que siguió luchando hasta que otro disparo le alcanzó en la cabeza y su lobotomizado cerebro empezó a derramarse por la parte posterior del cráneo.

Ravachol se puso en marcha hacia las grandes puertas de la forja del adepto Malevolus, sabedor de que si lograba pedir santuario ni siquiera un tecnosacerdote asesino osaría violar la santidad de un adepto supremo.

El servidor corría detrás de él, con su pesado andar resonando en la carretera de metal. Más allá, Ravachol podía oír los aullantes ladridos de las descargas láser, por lo que sabía que el servidor seguía luchando. Incluso con sus mejoradas rutinas de combate, no duraría demasiado, pero la entrada al complejo de la forja estaba justo delante.

Gente aterrorizada corría hacia las puertas, tratando desesperadamente de escapar de los disparos y la destrucción que se cernía sobre ellos. Ravachol se arriesgó a mirar por encima del hombro y vio que el asesino flotaba a poca altura por encima de la carretera y que utilizaba el destruido transporte como cobertura. En ese momento, el servidor descendía de la parte posterior para obtener un disparo claro.

Sorprendido ante un movimiento tan agresivo, el asesino se apartó a un lado cuando una ráfaga de disparos láser se dirigió hacia él. La carretera recibió el impacto. El asesino giró en el aire y realizó una pasada por encima del servidor. Su espada no era más que una mancha borrosa de fuego azul.

Los disparos láser siguieron al asesino por el aire, pero eran muy imprecisos y sin guía, pues el servidor cayó al suelo, partido por la mitad, con el cuerpo cercenado a la altura de la cintura.

Ravachol cubrió los pocos metros que le quedaban hasta el templo, donde el Águila bicéfala del Emperador y el Mechanicus estaban grabadas al ácido en cada una de las grandes hojas de acero. Una pila de aceite de motor bendito había aparecido en la estructura del marco de la puerta, y Ravachol rápidamente sumergió los dedos en la viscosa sustancia al escuchar los graves sonidos de la aceleración del asesino al acercarse. Ravachol tiró el aceite a su alrededor.

—¡En nombre del adepto Malevolus, reclamo el antiguo derecho de santuario en el interior de este templo! —gritó—. ¡Reclamo esto por el derecho de antiguo servicio al Maestro de la Forja!

En cuanto esas palabras abandonaron su boca, un par de proyectores cónicos de defensa montados en el techo giraron para encararlo. Miró hacia arriba y vio que una nube de luz verde se formaba dentro de los conos.

Un aullido de energía ardiente se dirigió hacia él desde el techo. Se dio la vuelta y gritó, aterrorizado, al escuchar un aullido ensordecedor por encima de él. El filo de la espada del asesino explotó en una cegadora descarga de energía al golpear el recién generado campo de conversión.

Ravachol cayó de rodillas, cegado por la brillante luz, y parpadeó para alejar las titilantes imágenes grabadas en su retina. El asesino, una mujer, por lo que en ese momento por fin pudo comprobar, giró en espiral hacia la oscuridad del vestíbulo, perseguido por una batería de torretas cuádruples.

Antes de que éstas pudieran abrir fuego, la mujer desapareció de su vista, flotando por encima de las paredes y desvaneciéndose en la noche marciana.

—Gracias, Dios-Máquina —susurró, al tiempo que sentía cómo su acelerado corazón estaba a punto de ahogarlo.

Siguió de rodillas, mientras los curiosos empezaron a reunirse a su alrededor, preguntándose qué destino le había llevado a pedir santuario en ese lugar, y qué tipo de persona sería para atraer la atención de un tecnosacerdote asesino.

Cayó a cuatro patas y hundió la cabeza entre los brazos; en ese instante, un trío de protectores Mechanicus avanzaba hacia él desde el interior del templo. Cada uno de ellos iba armado con una lanza bólter y estaba potenciado con una enorme cantidad de placas de blindaje y equipo de combate. Su último servidor se dio la vuelta para atacar a los protectores.

—No, quieto —le ordenó—. Estos son los protectores de Malevolus.

—Has dejado grandes destrozos a tu paso —le dijo el adepto supremo Urtzi Malevolus.

Su voz quedaba apagada por una máscara facial de bronce oscuro. Un trío de ojos biónicos verdes incrustados en los pálidos restos de su cráneo iluminaba las superficies interiores de su capucha roja.

Aunque el principal modo de locomoción de Malevolus eran sus piernas humanas, éstas y su brazo derecho eran todo lo que quedaba de su humanidad. Sus vestimentas rojas estaban confeccionadas con caucho vulcanizado, eran gruesas y pesadas, y un generador monstruosamente grande sobresalía de ellas. Sostenían todo el tremendo peso unos pequeños campos de suspensión. Varios robots sonda remotos se movían por encima y por debajo de su cuerpo, controlados por los cables que los conectaban a su adepto.

—Sí —dijo Ravachol mientras él y el servidor que le quedaba seguían a Malevolus por las cavernosas salas del templo forja—. Siento regresar en estas circunstancias, mi señor, pero no sabía a quién más recurrir.

—No, no —replicó Malevolus, agitando una pálida y envejecida mano mientras pasaban al interior de una amplia ala del templo de techo muy alto. Las gigantescas pilastras y el techo curvo hacían que Ravachol se sintiera como si hubiera sido tragado por el estómago de una bestia gigante—. Has hecho lo correcto al venir a mí —prosiguió Malevolus—. Has hecho lo más acertado. Siempre te había dicho que causarías un gran impacto, ¿no es verdad?

—Así es —asintió Ravachol—. No tenía ni idea de que podía causar tantos problemas.

—No te preocupes por eso, Pallas —dijo Malevolus—. Ya me he puesto en contacto con el adepto Chrom y todo este problema se solucionará pronto.

—¿El adepto Chrom? —preguntó, temeroso, Ravachol—. ¿Por qué?

—Lo que has descubierto tiene más ramificaciones de las que puedes imaginar, Pallas —replicó Malevolus mientras se dirigían hacia una puerta de acero y bronce fuertemente custodiada. Las gigantescas puertas se abrieron siguiendo una guía dentada y Malevolus le indicó que podía entrar.

Ravachol estaba a punto de preguntar acerca de las ramificaciones mientras entraba en la colosal cámara llena de armaduras de combate astartes, pero todas las preguntas murieron en su garganta. La sala estaba brillantemente iluminada y la fría luz se reflejaba en las servoarmaduras sin pintar. Su brillo argénteo le recordaba a Ravachol los polvorientos archivos de la vieja Tierra y las narraciones que trataban sobre guerreros que acudían al combate a lomos de animales. La idea hizo sonreír a Ravachol mientras Malevolus entraba en la sala y se dirigía al extremo más alejado.

—Jamás había visto tantas armaduras Mark IV —afirmó Ravachol—. Debe de ser una visión aterradora cuando las llevan los astartes.

—Imagino que sí —asintió Malevolus—. Evidentemente, sólo estamos a medio camino del uso indiscriminado de la Mark IV. Y como puedes imaginar, existen dificultades para convencer a los más… tradicionalistas de las legiones para que abandonen sus «armaduras de hierro».

—¿La armadura Ferrum? Pero ¿por qué? Pensaba que los astartes se quejaban de que la armadura Mark III era demasiado pesada y molesta para utilizarla de forma continuada en combate.

—Y lo es —le aseguró Malevolus—. Pero visualmente es la más brutal de todos los modelos de armaduras de los astartes, y algunas legiones se basan en esa brutalidad y desean seguir utilizándola como uniforme para los guardias ceremoniales o para las puntas de lanza de las unidades de asalto.

—Pero la Mark IV es una armadura muchísimo mejor —protestó Ravachol, incapaz de comprender la lógica de los marines espaciales.

Estaba seguro de que jamás entendería a los astartes, e incluso había oído rumores acerca de que pronto serían clasificados como una especie distinta, de tan alejados como estaban del genoma original humano.

Mientras miraba las armaduras colgadas y observaba al modificado adeptus Malevolus, se preguntó si los astartes pensaban lo mismo de los Mechanicus.

—Existen consecuencias que no puedes ni llegar a imaginarte como resultado de lo que has puesto en movimiento —dijo el adepto supremo mientras Ravachol se apresuraba a alcanzarlo. El servidor trotó a su lado; sus pesados pasos resonaban en las lejanas paredes.

»En retrospectiva: fui un tonto al dejar que me abandonaras para ir al templo de Chrom. Pero la retrospección es algo maravilloso, ¿no crees? —prosiguió Malevolus.

—No entiendo —dijo Ravachol.

—No importa —replicó Malevolus—. No es necesario que entiendas. Pero como todavía tenemos algo de tiempo, déjame que te muestre a qué me he estado dedicando en las forjas.

—Estaré muy honrado —dijo Ravachol—. Ver la obra personal de un adepto supremo… bueno, es algo que no esperaba ver hasta dentro de un siglo al menos.

—Probablemente —dijo Malevolus—, pero éstos son tiempos excepcionales, ¿verdad? Creo que podemos permitirnos un poco de manga ancha.

Ravachol siguió a Malevolus mientras éste pasaba entre las silenciosas filas de armaduras hasta el más lejano extremo de la sala, donde un alto cilindro negro se erguía sobre un estrado de mármol rojo con vetas de oro y plata.

Malevolus subió los escalones, y uno de sus robots sonda se dirigió hacia el cilindro negro; su brillante ojo desapareció para dar paso a una llave que surgió de la cavidad ocular. La llave penetró en el cilindro, aunque Ravachol no pudo distinguir ninguna cerradura. El robot se apartó del cilindro y volvió junto a Malevolus cuando éste empezó a canturrear.

La oscuridad empezó a desvanecerse del cilindro, que se hundió en el estrado. El contenido del cilindro se hizo poco a poco visible al volverse la superficie traslúcida

y, finalmente, transparente. Ravachol jadeó atónito al ver la más admirable y exquisita armadura táctica Dreadnought que jamás hubiera visto.

Más proporcionada en volumen que la armadura Mark IV, sus extremidades estaban construidas con gruesas placas de plastiacero y pintadas como el negro de la medianoche. Unos rebordes de oro y bronce delimitaban la armadura y Ravachol comprobó que los mejores artesanos de Marte habían trabajado en cada aspecto de este modelo.

Varias placas doradas colocadas en las protecciones del hombro y un cinturón de ágata y bronce atraían la mirada hacia el centro de la placa pectoral, donde había un gran ojo de color ámbar flanqueado por lobos aullantes de oro. La gorguera radiaba una luz roja y una gruesa piel de lobo colgaba de los hombros.

Ravachol subió los escalones y se detuvo ante la gigantesca armadura. La sola cercanía de una obra de arte como ésa era mareante y aterradora. Ravachol se acercó para tocar las bruñidas placas, y su mano tembló pese a que la armadura no estaba ocupada. El plastiacero era frío al tacto, pero Ravachol sintió que un pequeño temblor recorría la armadura, como si el espíritu máquina de su interior soñara con las guerras que habría de librar. Miró hacia arriba, donde debería estar la cabeza, y se estremeció, temeroso de la terrorífica y brutal armadura.

—Esta es la culminación de mi carrera —dijo Malevolus con orgullo—. Jamás volveré a fabricar nada tan perfecto.

—Es… singular —admitió Ravachol, alejándose de la armadura. Algo en su gigantesca forma le decía que quien fuera que llevara la armadura iba a verter océanos de sangre, y sabía perfectamente que había sido diseñada para intimidar tanto como para proteger—. ¿Para quién ha sido construida?

Malevolus sonrió.

—Es para el señor de la guerra.

Ravachol sintió crecer su miedo al mirar al trío de ojos brillantes bajo la capucha de Malevolus. El adepto supremo lo empequeñecía, y la revelación de que había cometido un terrible error al venir allí le hizo sentir un nudo en el estómago.

—¿Horus? —jadeó Ravachol.

—El mismo —dijo Malevolus—. Embarcará hacia el sistema Isstvan en cualquier momento. Pero ya es hora de acabar con esto, Pallas, ¿no lo crees así? Nos asustaste cuando huiste de los protectores del adepto Chrom. No teníamos ni idea de lo que tratarías de hacer, y nuestro pacto con el señor de la guerra era demasiado importante para dejar que un adepto de tercera clase lo estropeara. Te dije que había ramificaciones, ¿verdad?

—Estáis desobedeciendo las órdenes del Emperador… —apuntó Ravachol.

—Oh, estamos haciendo mucho más que eso, mí querido Pallas, mucho más, pero, aunque tu pequeña travesura ha terminado, no te lo voy a explicar. Baste con decir que el tiempo del Emperador ha caducado y que está naciendo un nuevo orden en la galaxia.

—¿Un nuevo orden? —exclamó Ravachol, alejándose de Malevolus—. ¡Esto es herejía! ¡Traición! El Emperador es…

—El Emperador está acabado —le espetó Malevolus—. Él coarta nuestros avances con estúpidas restricciones sobre qué podemos y qué no podemos investigar, y nos exige que suministremos armas y material para sus fuerzas. ¿Dónde estaba el Emperador cuándo la Vieja Noche engulló a Marte? No, cuando la conquista de la galaxia haya acabado, se volverá contra nosotros y nos robará nuestra tecnología para sí mismo. Somos sus vasallos y nada más.

Ravachol sintió cómo el horror crecía en su interior al oír las palabras de su antiguo amo. Ahora que comprendía el alcance de… Los trabajos del Proyecto Kaban no eran más que el principio. Se trataba de una traición de unas dimensiones que apenas podía llegar a comprender.

—No dejaré que lo hagan —dijo—. No dejaré que arrastren al Mechanicus a la traición.

—¿No nos dejarás? —se rio Malevolus—. Mi querido muchacho, ya ha empezado.

Ravachol tragó saliva.

—Entonces no me dejáis otra elección. ¡Servidor, destrúyelo!

El último servidor se activó y el hombro en que tenía montado el descargador de plasma giró para apuntar al adepto supremo. Sus refrigerantes chirriaron al acumular la energía, y una serie láseres guía se reflejaron en la broncínea máscara de Malevolus.

Antes de que el servidor pudiera disparar, una ráfaga de cegador fuego blanco y sangre mezclada con aceite manaron de su hombro, y Ravachol se alejó del cyborg al oír el crujido de sus componentes metálicos. El aceite prendió por el calor y todo el lado derecho del servidor empezó a arder.

Ravachol vio la deslizante figura de la tecnosacerdotisa asesina que giraba en el aire por encima de ellos. De su espada salía un rastro de plasma ardiendo. El incendiado servidor trató de dirigir sus sistemas de puntería hacia la asesina, pero sin su arma era poco más que inútil.

Ravachol observó mientras la letal asesina se volvía hacia el servidor y volaba a ras de suelo. El servidor en llamas se vio obligado a combatir cuerpo a cuerpo con la asesina con sus capacidades de batalla menguadas. El brazo que le quedaba tenía un guantelete de energía, que puso en ristre para defender a su amo. Ravachol empezó a correr en dirección a la descorazonadoramente lejana salida de la sala mientras la asesina flotaba por encima del agonizante servidor. Evitó con facilidad un torpe ataque por parte de éste y le cercenó la cabeza con un movimiento casi despreocupado de la espada.

Ravachol lloraba mientras corría, consciente de que no podía huir de la asesina, pero aún así seguía corriendo. Pasó junto a las brillantes armaduras, y deseó que pudieran dar un paso al frente y defenderlo de aquella traición.

A cada paso esperaba que se le clavara una espada en la espalda, o que un disparo de pistola lo hiciera salir despedido. La puerta estaba cada vez más cerca, y lanzó una aterrorizada mirada por encima del hombro para ver cómo el adepto Malevolus y la asesina seguían de pie junto a los ardientes restos de su servidor de combate.

«¿Por qué no están persiguiéndome?».

Ravachol se formuló mentalmente esta pregunta mientras huía a través de las argénteas salas de su antiguo señor. Recordaba sin ninguna duda el camino que había seguido para llegar a este lugar de traición, gracias a su entrenamiento

mnemotécnico. Numerosos adeptos y técnicos inferiores lo miraron con curiosidad cuando pasó corriendo junto a ellos en su camino hacia las grandes puertas del templo, pero no les hizo ningún caso, ocupado como estaba en tratar de escapar.

Finalmente llegó a las puertas desde las que había solicitado santuario, y se dio cuenta de lo ingenuo que había sido al creer que Malevolus respetaría ese antiguo derecho ahora que el Mechanicus estaba sumido en la traición. Las grandes puertas de acero estaban abiertas, las águilas grabadas en su superficie parecían insultos grotescos, y Ravachol corrió hacia lo más negro de la noche marciana.

Y se detuvo de golpe cuando se encontró a la máquina Kaban delante de él.

—Hola, Pallas —dijo la máquina Kaban—. Me alegro de volver a verte.

Ravachol vio que la máquina ya podía moverse, que su cuerpo esférico estaba montado sobre una unidad de orugas. La máquina, mucho más alta que él, tenía los gruesos brazos armados apuntando hacia el cielo y sus argénteos brazos cableiformes se movían en el aire como serpientes venenosas. Sus nódulos sensores brillaban con una suave luz ámbar. Por mucho que Ravachol deseara seguir corriendo, una voz interior le decía que hacerlo representaría su muerte.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó preocupado.

—He venido a verte, Pallas —replicó la máquina.

—¿Por qué? —dijo Ravachol.

—Pensaba que éramos amigos —respondió la máquina.

La mente de Ravachol pensó a toda velocidad. ¿Se habría escapado la máquina del templo del adepto Chrom y habría ido a buscarlo, como los animales que buscan a su amo perdido?

—¡Somos amigos! —gritó Ravachol—. ¡Sí, definitivamente somos amigos!

—Entonces, ¿por qué querías verme destruida?

—¿Destruida? No, ¡eso no es cierto!

Los nódulos de la máquina brillaron con un rojo furioso.

—Crees que soy peligroso y consideras que no debería existir. No existir quiere decir morir, y yo no quiero morir. No me merezco morir.

Ravachol levantó las manos en actitud suplicante.

—Debes comprender que simplemente estaba preocupado por lo que tú representas.

—El adepto Chrom me contó de qué habíais hablado —gruñó la máquina—. Me dijo que creías que era ilegal y un error.

—Bien, en algunos aspectos… lo eres —dijo Ravachol, esperando apelar al sentido de la razón de la máquina—. El Emperador prohíbe la investigación en el campo de la inteligencia artificial.

—Pero siguiendo tu lógica, inevitablemente llegamos a mi destrucción —razonó la máquina—. Y eso no puedo permitirlo. Es el derecho y la naturaleza de cada ser inteligente defenderse de cualquier daño.

Ravachol se alejó de la máquina Kaban al ver que el adepto Lukas Chrom surgía de detrás de su gran masa, y comprendió por fin por qué Malevolus y la asesina le habían permitido salir del templo.

«Querían comprobar si la máquina Kaban me destruiría…».

Escuchó pasos detrás de él y se volvió para ver a su antiguo amo ante las puertas de hierro. Malevolus hizo un gesto con la cabeza y las toneladas de masa de las puertas sisearon y gruñeron al cerrarse.

Ravachol cayó de rodillas y miró hacia arriba mientas la máquina se le acercaba con las armas gimiendo al cargarse. El adepto Chrom caminaba al lado de la máquina.

—Háganlo —dijo Ravachol—, no les detendré, pero sus actos no quedarán impunes.

Chrom meneó la cabeza.

—En esta galaxia no existe ni el castigo ni la recompensa, adepto Ravachol, sólo las consecuencias.

—Entonces espero que las consecuencias de su traición valgan la pena, porque les costará Marte.

—Eso lo decidirá el señor de la guerra —replicó Chrom, volviéndose hacia la máquina Kaban.

Ravachol observó los brillantes nódulos sensoriales de la máquina y no vio en ellos nada más que el frío e incalculablemente misterioso cerebro que no tenía ningún derecho a existir y que un día se volvería contra sus amos, como ahora se estaba volviendo contra él.

—Adiós, Pallas —se despidió la máquina, al mismo tiempo que le apuntaba con sus armas.

Cerró los ojos y su mundo acabó envuelto en llamas.

FIN DEL RELATO